

La guerra en pro de la justicia y la democracia en
Francia y Texas
José de la Luz Sáenz y el lenguaje del
*movimiento mexicano de los derechos civiles*¹

Emilio Zamora

INTRODUCCIÓN

Escondidos en lodosas trincheras y rodeados por la imagen y el olor de carne desgarrada y quemada, los soldados de la primera guerra mundial sufrieron horrores inauditos. Los esfuerzos por adaptarse y darle sentido a la carnicería cotidiana eran diversos y no todos tenían éxito. Muchos soldados optaban por una mezcla de humor, bravuconadas y negación de la realidad. Pero, en las trincheras, algunos dominaban sus temores, aprovechaban su furia y ocultaban su deprimente existencia escribiendo cartas, artículos periodísticos, revistas, diarios, poemas, cuentos e inclusive novelas.² En Estados Unidos, los trabajos que no

¹ Una versión de este artículo fue publicado como "Fighting on Two Fronts: Jose de la Luz Sáenz and the Language of the Mexican American Civil Rights Movement", in *Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage*, vol. IV, Edited by Jose F. Aranda Jr. y Silvio Torres-Saillant (Houston: Arte Publico Press, 2002). Traducción del inglés de Susana Moreno Parada.

² Entre algunas de las primeras narraciones sobre la guerra se encuentran: Hervey Allen, *Toward the Flame: A War Diary*, Nueva York, Farrar and Rinehart Incorporated, 1926; Chris Emmett, *Give 'Way to the Right: Serving with the AEF in France, During the War*, San Antonio, The Naylor Company, 1934; Leslie Langille, *Men of the Rainbow*, Hammond, Ind., W. B. Conkey, 1933; Riley Strickland, *Adventures of the AEF Soldier*, Austin, Von Boeckmann-Jones Co., 1920. La primera historia integral de la guerra, desde la perspectiva de un participante, es la obra de Laurence Stallings, *The Doughboys: The Story of the AEF, 1917-1918*, Nueva York, Harper and Row, 1963.

Para trabajos sobre el periodo de la primera guerra mundial, véanse John W. Chambers, *The Tyranny of Change: America in the Progressive Era, 1890-1920*, Nueva York, St. Martin's Press, 1980; Idem, *To Raise an Army: The Draft Comes to Modern America*, Nueva York, Free Press, 1987; Edward M. Coffman, *The War to End All Wars: The American Military Experience in World War I*, Nueva York, Oxford University Press, 1968; Ellis

estaban escritos en inglés se perdieron rápidamente en la oscuridad. Este artículo examina las contribuciones de uno de esos autores, casi desconocido.

En medio de la desolación de la guerra, un mexicano de 30 años proveniente de Texas, llamado José de la Luz Sáenz, dejó constancia de sus pensamientos y observaciones en un diario titulado *Los México-Americanos y La Gran Guerra y Su Contingente en Pro de la Democracia, la Humanidad y la Justicia: Mi Diario Particular*.³ Sáenz hizo la primera anotación en su diario cuando se enroló en el ejército en febrero de 1918; la última entrada cuando fue dado de baja, 17 meses y 298 páginas después. El diario de Sáenz es el único relato personal de un

W. Hawley, *The Great War and the Search for a Modern Order: A History of the American People and Their Institutions, 1917-1933*, Nueva York, St. Martin's Press, 1979; David M. Kennedy, *Over Here: The First World War and American Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1980; Bernadotte E. Schmitt y Harold C. Vedeler, *The World in the Crucible, 1914-1919*, Nueva York, Harper & Row, 1984; Neil A. Wynn, *From Progressive to Prosperity: World War I and American Society*, Nueva York, Holmes & Meier, 1986.

³ Un análisis más amplio del diario y una biografía detallada del cronista, aparecerán en la introducción que estoy escribiendo para una versión totalmente editada y traducida del diario de Sáenz durante la primera guerra mundial. Sobresalen dos narraciones de guerra más recientes de autores mexicanos: Raul Morín, *Among the Valiant: Mexican Americans in World War II and Korea*, Alhambra, Calif., Brodin, 1966; Charley Trujillo *Soldados: Chicanos in Viet Nam*, San José, Ca., Chusma House Publications, 1990. Ninguno de estos textos es un diario y ambos se basan en recuerdos. Otras remembranzas con algunos relatos de la experiencia de la primera guerra mundial por parte de periodistas de México, también representan importantes fuentes históricas, aunque no son diarios ni se centran en el soldado de origen mexicano en el ejército de Estados Unidos. Los numerosos informes y cartas desde el frente de guerra de soldados mexicanos que aparecieron en documentos escritos en español en 1918 y 1919, son relatos de primera mano centrados en mexicanos, que se encuentran en la publicación de Sáenz. Una compilación de esos trabajos, aún no recuperados, podría ofrecer una historia sostenida e íntima, aunque tal vez desigual y truncada, como la de Sáenz. Hasta que esto suceda, el trabajo de Sáenz sigue siendo la única narración personal de la primera guerra mundial.

Entre los trabajos de los periodistas de México se encuentran: José D. Frías, *Crónicas de Un Corresponsal Mexicano en la primera guerra mundial*, México, DF, Departamento del Distrito Federal, 1983; Pablo G. Macías, *Mi Contribución a la Victoria*, México, Editorial Acasim, 1962. El primero es una recopilación de artículos de un corresponsal de la primera guerra mundial que informaba desde Francia principalmente para el periódico mexicano *El Universal*. La segunda publicación apareció primero en París (Editorial Mundial, 1948). También se trata de una recopilación de artículos escritos durante un periodo de seis años a partir de 1939. Macías escribió sus 125 colaboraciones para periódicos mexicanos y europeos mientras trabajaba como maestro en México. Como ejemplo de los relatos de soldados en *El Imparcial* (San Antonio), véase: Hipólito Seijas, "Yo estuve en la batalla de Marne; Fui muy valiente", 2 de septiembre de 1918, p. 10; "Hechos realizados en el frente occidental por los soldados de San Antonio; La 90ª división pelea bizarramente contra los Hunos; Ningún soldado dio muestras de cobardía y todos cumplieron a satisfacción de sus jefes", 13 de febrero de 1919, pp. 1, 4; "Literatura de la última guerra, fragmentos", 30 de octubre de 1919, p. 12.

soldado mexicano en el ejército de Estados Unidos.⁴ Tan sólo esa distinción hace que el trabajo sea digno de atención. Pero es más importante la manera en que el autor se apropia de la retórica de la democracia en tiempos de guerra y del sacrificio del soldado mexicano para elaborar un razonamiento propio. En su diario (y en otros escritos), Sáenz regresó una y otra vez en su diario a la idea de que los ideales democráticos que sustentaban el esfuerzo en el frente podían aplicarse igualmente en su patria. De manera explícita reunió la retórica de la democracia con el llamado por un trato igual de los mexicanos en Texas.⁵

El comentario de Sáenz formaba parte de un discurso general sobre los derechos de las minorías proveniente de las comunidades mexicanas en todo el suroeste de Estados Unidos. En Texas, la revolución mexicana le había infundido energía al movimiento político mexicano en actividades de autoayuda y protesta, gracias a la llegada, desde la década de 1890, de exiliados políticos e inmigrantes con experiencia política previa. En Texas encontraron terreno fértil, en donde la organización de protestas en contra de la discriminación generalizada y la marcada desigualdad se intensificaba con ideas anarquistas, socialistas y sindicalistas.⁶

⁴ Aunque aún falta por encontrar una copia, otro ejemplo de un diario de un autor mexicano es la obra de José Canal, *Hazañas de Un Mexicano en Las Trincheras de Francia*, San Antonio, Compañía Publicista Lagunera, 1919. Los editores del periódico *El Imparcial* (San Antonio) anunciaron el diario de Canal como “Una verdadera historia de logros y heroísmo de José Canal, un joven de Coahuila que se enroló en el ejército americano para combatir a los alemanes y vengar la sangre de su padre que fue asesinado a golpes por un alemán de la región de La Laguna, México. El valor y el heroísmo del pueblo mexicano son tan evidentes en esta historia, que al leerla los mexicanos se llenarán de un sentimiento de orgullo”, *El Imparcial*, 20 de febrero de 1919, p. 4.

⁵ Para lecturas sobre la historia mexicanoamericana durante el siglo xx, consúltese: Mario García, *Mexican Americans: Leadership, Ideology, and Identity, 1930-1960*, New Haven, Yale University Press, 1989; Juan Gómez-Quiñones, *Roots of Chicano Politics, 1600-1940*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1994; Richard Griswold del Castillo y Arnoldo De Leon, *North to Aztlán: A History of Mexican Americans in the United States*, Nueva York, Twayne Publishers, 1997; Matt S. Meier y Feliciano Ribera, *Mexican Americans/American Mexicans: From Conquistadors to Chicanos*, Nueva York, Hill and Wang, 1972.

⁶ El análisis sobre política mexicana en Texas se basa en las siguientes publicaciones recientes: Arnoldo De Leon, *Mexican Americans in Texas: A Brief History*, Arlington Heights, Ill., Harlan Davidson, Inc., 1993; David Montejano, *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*, Austin, University of Texas Press, 1987; Guadalupe San Miguel, “*Let All of Them Take Heed*”: *Mexican Americans and the Campaign for Educational Equality in Texas, 1910-1981*, Austin, University of Texas Press, 1987; Emilio Zamora, *The World of the Mexican Worker in Texas*, College Station, Texas A&M University Press, 1993.

Esta internacionalización del movimiento político mexicano de principios del siglo XX produjo su efecto más espectacular cuando la revolución influyó en algunos mexicanos del sur de Texas para que adoptaran el anarcosindicalismo, y también fue el llamado para un levantamiento armado en nombre de la revolución mundial de la clase trabajadora y las minorías oprimidas. Defensores del levantamiento de San Diego de 1915 libraron una batalla sin cuartel contra los anglosajones, mientras las autoridades respondían con campañas igualmente violentas en contra de simpatizantes sospechosos. Este conflicto fue la manifestación activa de un movimiento político que tuvo mucha variación ideológica y organizativa, según se aprecia en las actividades mutualista, sindicalista, electoral y política en el exilio.

La clase media mexicana comenzó a emerger en la década de 1920 y, al igual que los irredentistas que la precedieron, irrumpió en el mundo de la política mexicana y capturó la atención de la sociedad en general. Sin embargo, lo hizo con una agenda política moderada, que negociaba su inclusión como una minoría étnica que se estaba americanizando. A medida que algunos miembros de la clase media mexicana ganaban influencia con su política “mexicoamericanista”, americanizaron el movimiento político. Es decir, alejaron la atención pública mexicana de la influencia internacionalizadora y radicalizante de la revolución mexicana. Este cambio ideológico también privilegió a los nacidos en Estados Unidos, quienes estaban en mejor posición para negociar oportunidades con la lealtad y la responsabilidad probadas de los ciudadanos concientes de sus deberes.

En otras palabras, pasar de una esfera “mexicanista”, de política relativamente separada e introvertida, a un movimiento más “mexicoamericanista” añadió una nota americanizante de fe a la idea de inclusión. Esto fue el resultado de que la primera guerra mundial fomentó que muchos mexicanos nacidos en Estados Unidos, como Sáenz, creyeran que su contribución a la guerra les merecería un trato igual y la posibilidad de acceder al estatus de la clase media. Los tiempos difíciles de la depresión y la constante discriminación y desigualdad que caracterizaron a las décadas de 1930 y 1940 pueden haber sofocado este espíritu. No obstante, continuó parcialmente como producto del papel alentador de un Estado activista y de la retórica de la contienda mundial y las oportunidades profesionales de la segunda guerra mundial.

Las guerras siempre han dado a los representantes de grupos marginados una oportunidad para desafiar, a veces con éxito, su bajo estatus social. W.E.B. Dubois, uno de los primeros líderes del movimiento por los derechos civiles de los africanoamericanos, lo reconoció poco tiempo después de la primera guerra mundial. Al igual que Sáenz, Dubois instó a sus compatriotas a luchar ahora en su país:

Seremos cobardes e idiotas si ahora que ha terminado la guerra no reunimos hasta el último gramo de nuestro cerebro y nuestros músculos para librar una batalla más dura, más duradera y más firme contra las fuerzas del infierno que están en nuestra propia tierra⁷.

Los soldados africanoamericanos de la segunda guerra mundial y sus líderes, también libraron una campaña de “doble V” en contra del totalitarismo en Europa y el racismo en Estados Unidos. Tuvieron que esperar a la posguerra para ver el inicio de algunos cambios, como la desegregación del ejército y las escuelas; pero la retórica de la democracia durante la guerra, así como la contribución de los africanoamericanos a la contienda justificaron su lucha contra la discriminación racial y la desigualdad. El diario de Sáenz es el primer relato de guerra que ilumina esta voz de resistencia en contra de la discriminación y la desigualdad en nombre de los soldados mexicanos y sus líderes, en el frente nacional. Es una demanda de igualdad excepcional en tiempo de guerra, porque el autor prevé la lucha en el campo de batalla y luego la promueve como un líder de los derechos civiles en la Texas de la posguerra. El diario y los demás escritos de Sáenz, que abarcan hasta 1950, ofrecen una oportunidad para entender mejor las luchas de las minorías y la singular oportunidad política que les ofrecieron las guerras. Que Sáenz parta del hemisferio occidental como base para redefinir una identidad americana incluyente y critique la política del buen vecino de Estados Unidos hacia América Latina, es un buen ejemplo. Con este peculiar argumento, le añade mayor complejidad al intento gene-

⁷ David L. Lewis, *W. E. B. Dubois, 1868-1919: Biography of a Race*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1993, p. 578.

ral de los grupos minoritarios por apropiarse del lenguaje de la guerra acerca de la igualdad y la justicia, y reestructurar sus posiciones de negociación moralmente rejuvenecida.⁸

Probablemente el diario no era leído más que por la familia cercana de Sáenz, de no ser porque, con el tiempo, él se convirtió en líder y principal portavoz de una organización mexicana de derechos civiles, la Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos (LULAC, por sus siglas en inglés). En 1933, gracias a la ayuda financiera de miembros de LULAC y seguidores del sur de Texas, Sáenz publicó el diario y otros materiales que había escrito durante la guerra.⁹

⁸ La literatura sobre soldados africanoamericanos y sus líderes en el frente nacional es vasta. Los trabajos recientes que tratan sobre la campaña “doble V” incluyen: Beth Bailey y David Farber, “The ‘Double-V’ Campaign in World War II; Hawaii: African Americans, Racial Ideology, and Federal Power”, *Journal of Social History*, vol. 26, verano, 1993, pp. 817-843; Charles W. Eagles, “Two ‘Double V’s’: Jonathan Daniels, FDR, and Race Relations during World War II”, *The North Carolina Historical Review*, vol. 59, julio, 1982, pp. 252-270; Phillip McGuire, *He, Too, Spoke for Democracy: Judge Hastie, World War II, and the Black Soldier*, Nueva York, Greenwood Press, 1988. Las inquietudes por la desigualdad y las expresiones de esperanza por un cambio que las guerras generan no fueron exclusivas de los africanoamericanos durante la segunda guerra mundial. En primer lugar, existen diferentes tipos de obras que ilustran la importancia de las primeras guerras para los africanoamericanos: David W. Blight, *Frederick Douglass’ Civil War: Keeping Faith in Jubilee*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1989; W. Hilary Coston, *The Spanish-American War Volunteer*, Middletown, Pa., edición del autor, 1899; Willard B. Gatewood, Jr., *Black Americans and the White Man’s Burden, 1898-1903*, Chicago, University of Illinois Press, 1975; Steven A. Reich, “Soldiers of Democracy: Black Texans and the Fight for Citizenship, 1917-1921”, *The Journal of American History*, vol. 82, marzo, 1996, pp. 1478-1504; Donald Yacovone, ed., *A Voice of Thunder: The Civil War Letters of George E. Stephens*, Chicago, University of Illinois Press, 1979. Las siguientes lecturas amplían nuestra manera de entender las guerras como oportunidades para cambiar las vidas de otros grupos minoritarios, como inmigrantes y mujeres: Amy Bentley, “Wages of War: The Shifting Landscape of Race and Gender in World War II Baltimore”, *Maryland Historical Magazine*, vol. 88, invierno, 1993, pp. 420-443; Nancy Gentile Fold, “Mindful of the Traditions of His Race’: Dual Identity and Foreign-Born Soldiers in the First World War American Army”, *Journal of Ethnic History*, vol. 16, invierno, 1997, pp. 35-57; Mario García, *Mexican Americans, Leadership, Ideology and Identity, 1930-1960*, New Haven, Yale University Press, 1991. Tom Holm, “Fighting a White Man’s War: The Extent and Legacy of American Indian Participation in World War II”, *The Journal of Ethnic Studies*, vol. 9, verano, 1991, pp. 69-81; Kenneth Paul O’Brien y Lynn Hudson Parsons, eds., *The Home-Front War: World War II and American Society*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1995; Ronald Takaki, *A Different Mirror: A History of Multicultural America*, Boston, Little, Brown and Company, 1993.

⁹ Artes Gráficas, posiblemente el mayor editor de materiales en español en Estados Unidos, publicó el libro en San Antonio, el mal libro ya no se consigue fácilmente porque sólo se imprimieron mil ejemplares. En la actualidad, la Universidad Metodista del Sur, la Universidad de Texas en Austin y la Universidad de California en Berkeley tienen una copia de la obra en sus bibliotecas. En este momento, el diario sólo está disponible en español (véase la nota 3).

El trabajo de Sáenz merece una investigación académica por varias razones, pero tal vez principalmente porque su trasfondo, en donde afirma que los mexicanos sirvieron de manera honorable y se ganaron el derecho de ser tratados como iguales, es más que una opinión personal. Este punto de vista lo compartió con otros soldados y fundadores de LULAC, quienes en un inicio adoptaron esta apreciación como parte de la identidad étnica naciente y la estrategia de acomodo durante el periodo de la posguerra.¹⁰

Este trabajo analiza fragmentos de *Los México-Americanos* y *La Gran Guerra* y otros artículos que Sáenz publicó en periódicos en español, con lo que se sigue la pista al uso de la retórica de guerra en la elaboración de un razonamiento por la igualdad, en un periodo que va de 1918 a 1940. En el diario dibujaba la base moral del patriotismo y comienza a sentar las bases para comprender, de manera mucho más incluyente, la identidad típica de esa época. Esas primeras expresiones del pensamiento de Sáenz ganan claridad y contundencia cuando se inicia la segunda guerra mundial. Fragmentos de sus artículos periodísticos y de otros escritos de las décadas de 1930 y 1940 sugieren que, a pesar de que Sáenz participó de manera destacada en LULAC, siguió rechazando el patriotismo y la limitada definición de lealtad que los historiadores suelen atribuir a esta organización de mexicanos, de movilidad social ascendente. Una lectura rigurosa de la obra de Sáenz nos ayuda a ver que la identidad no es una construcción única y estática, sino una constelación en desarrollo de atributos e ideas que a menudo coinciden o se contradicen entre sí. Ideas como la patria

La copia original del diario no ha sido localizada. Esto significa que no tenemos una base objetiva para determinar si Sáenz revisó su manuscrito original antes de enviarlo para su publicación. Sáenz afirmó haber escrito el diario mientras estaba en el servicio militar, pero no aclara porqué aparecen recuerdos en la preparación del manuscrito. Sin embargo, los miembros de la familia Sáenz tienen en su poder 12 postales que corresponden con fechas del diario. También he localizado tres artículos firmados por Sáenz que aparecieron en *La Prensa* de San Antonio. Esos materiales brindan la oportunidad de determinar la cantidad y el tipo de cambios que Sáenz hizo al manuscrito desde su redacción en 1919, hasta su publicación en 1933. Las postales sugieren que a veces Sáenz se basaba en las notas para recordar o describir sus experiencias. Pero esas fechas siempre fueron fieles a las interpretaciones de las postales. Los tres artículos eran idénticos, lo que sugiere que Sáenz también incluyó en sus manuscritos los escritos producidos en el frente de batalla.

¹⁰ La obra más reciente de LULAC es el libro de Benjamín Márquez, *LULAC: The Evolution of a Mexican American Political Organization*, Austin, University of Texas Press, 1993.

mexicana, la ciudadanía estadounidense, la desigualdad y una comunidad imaginaria en la patria pueden coexistir muy bien como abstracciones. Pero en la vida real pueden ser menos compatibles.

EL CRONISTA

José de la Luz Sáenz fue un dirigente importante del movimiento de derechos civiles entre las décadas de 1930 y 1950, pero es una de las figuras menos conocidas en la historia mexicoamericana.¹¹ El tiro pequeño de su libro y la práctica generalizada de excluir la voz mexicana del registro histórico de Texas y Estados Unidos, efectivamente limitaron *Los México-Americanos* y *La Gran Guerra* a los lectores hispanoparlantes de la generación y en la región de Sáenz.¹²

Sáenz nació el 17 de mayo de 1888, en la comunidad rural de Realitos, en el sur de Texas. Sus parientes emigraron desde el centro de México hacia la frontera a fines de la década de 1860, y la abuela, que era viuda, llevó a la familia a Texas al inicio de la década de 1870. El padre de Sáenz, Rosalío, trabajaba en un rancho de pastoreo en la zona de Hebronville. A principios de 1880, una familia de San Antonio, que Sáenz describe cariñosamente como “gachupina” o española, pasó por la zona. Se quedaron el tiempo suficiente para

¹¹ Para información acerca de los dirigentes más conocidos de Texas en el periodo, véanse: García, *Mexican Americans, Leadership, Ideology and Identity, 1930-1960*, New Haven, Yale University Press, 1991, pp. 231-251; Adela Sloss-Vento y Alonso S. Perales, *His Struggle for the Rights for Mexican-Americans*, San Antonio, Artes Gráficas, 1977; Américo Paredes, ed., *Humanidad: Essays in Honor of George I. Sánchez*, monografía 6, Los Ángeles, UCLA Chicano Studies Center, 1977; Emilio Zamora, “The Failed Promise of Wartime Opportunity for Mexicans in the Texas Oil Industry”, *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 95, enero, 1992, pp. 323-350; Francisco Díaz, “Muere Un Profesor Ejemplar”, *Revista Latino-Americana*, Corpus Christi, Texas, 1955, p. 3.

¹² Véase en las siguientes historiografías un análisis del tema de la exclusión: Felix Almaráz Jr., “Contributions of Mexican Americans to Texas Historiography”, en Light Townsend Cummins y Alvin R. Bailey Jr., eds., *A Guide to the History of Texas*, Nueva York, Greenwood Press, 1988; Arnoldo de Leon, “Tejano History Scholarship: A Review of the Recent Literature”, *West Texas Historical Association Yearbook*, vol. 61, 1985, pp. 116-133; David G. Gutiérrez, “Significant for Whom? Mexican Americans and the History of the American West”, *The Western Historical Quarterly*, noviembre, 1993, pp. 519-539; Alex M. Saragoza, “Recent Chicano Historiography: An Interpretive Essay”, *Aztlán*, vol. 19, primavera, 1998-1990, pp. 1-77.

ganar dinero y continuar su viaje a México, pero se fueron sin una de las hijas, Cristina Hernández, quien se casó con Rosalío.¹³

Sáenz hablaba con cariño de sus padres. Rosalío era muy trabajador, justo, esposo y padre responsable. Admiraba especialmente la naturaleza bondadosa y resignada de su progenitor, quien trabajó como peón en ranchos, granjas y ferrocarriles por todo el sur de Texas. Ganaba poco y a menudo Rosalío tenía que irse a trabajar lejos de la familia durante meses. Tal vez por sus limitados recursos y por estar alejado, Rosalío esperaba que todos los miembros de su familia se comportaran con el mismo sentimiento de responsabilidad familiar. Cristina también inculcó este valor. Era una mujer muy independiente e ingeniosa que trabajaba arduamente en su casa y en su jardín, a veces como madre soltera. Las historias favoritas que Sáenz contaba de su madre hablaban de valor, determinación e inclusive de una veta rebelde.

Cuando él era aún joven, su familia se mudó al pueblo de Alice. Asistió a las escuelas públicas de la localidad. En 1905 fue el primer mexicanoamericano en graduarse de la preparatoria de Alice. Su temprana incursión en la vida pública le permitió aceptar su identidad indígena e iniciar una carrera como profesor y líder de la comunidad mexicana en el sur de Texas. Por la época en que se graduó, Sáenz y un pequeño grupo de amigos fundaron un club literario y organizaron una celebración formal en conmemoración del nacimiento y la vida de Benito Juárez. José de la Luz Sáenz recordaría este suceso como un momento decisivo de su vida porque los jóvenes celebrantes también anunciaban una identidad indígena muy profunda. Si bien a lo largo de toda su vida adoptó las identidades mexicana, mexicanoamericana y latinoamericana, Sáenz continuó alimentando una identidad “indígena” muy profunda, como en sus primeros años en Alice.

¹³ A menos que se señale otra cosa, uso la siguiente autobiografía de Sáenz para comentar acerca de sus primeros años: *Yo, Omnia Mea Mecum Porto*, 1944. La autobiografía de 120 páginas está en forma de manuscrito y el original lo tiene su familia. Aborda los primeros 17 años de su vida. Sáenz la escribió para satisfacer la curiosidad juvenil de su hijo Eduardo Francisco.

Imbuidos en el sentido de ser azteca, queríamos honrar al héroe de raza zapoteca. Queríamos demostrar de manera práctica y efectiva lo que los indios sienten por otro indio. Uso la palabra INDIO para condenar a los que nos dan ese nombre y siguen usándolo sabiendo que nunca hemos sido ni seremos INDIOS... Hemos estado combatiendo este insulto a la raza indígena del Nuevo Mundo y creemos que no pasará mucho tiempo para que nuestra santa protesta sea aceptada como justa.¹⁴

Los periódicos locales le dieron mucha publicidad a los festejos en honor de Juárez y reconocieron el papel de Sáenz como presidente del club literario y uno de los principales oradores del programa. Cuando se encontró con su padre en la obra del ferrocarril en el sitio conocido como Oso, descubrió que su reputación como prometedor líder lo había precedido. Un grupo de padres de familia de la comunidad obrera contigua expresó una profunda admiración por el liderazgo público que desempeñaba Sáenz. Años después escribió con su humildad característica: “me recibieron tan bien y con tanto respeto que no lo merecía”. Los padres propusieron que les diera clases a los niños en el día y a los adultos por la noche. Accedió y así inició su carrera de más de 40 años como maestro y figura pública preocupada por la desigualdad y la discriminación de la comunidad mexicoamericana de Texas.

Luego del periodo escolar en Oso, Sáenz asistió a una escuela de administración en San Antonio, donde obtuvo un certificado de profesor. Impartió clases en muchos lugares, comenzando en la zona de San Antonio y terminando en la región de Rio Grande City y McAllen. Según cuenta la familia, Sáenz rara vez se quedaba mucho tiempo en un lugar, porque a menudo con sus declara-

¹⁴ No obstante que Sáenz públicamente se refería a sí mismo como latinoamericano, en privado expresaba un fuerte y consistente apego a una identidad indígena evidente en varias frases personales que le escribió a su familia. Su vasta colección de manuscritos no ofrece una explicación clara de la decisión de acatar dos tipos de identidad distintos y aparentemente incompatibles. Tengo la impresión de que Sáenz, siempre pragmático en el mundo de los derechos civiles mexicanos, creía que el término latinoamericano tenía más utilidad. Era el término político preferido entre los miembros de la clase media mexicana que promovían la unidad de los hispanoparlantes en el hemisferio. Otros lo adoptaron porque sentían que evitaba las connotaciones negativas que el término mexicano había adquirido a lo largo de un periodo de conflicto racial con los anglosajones. Sáenz, “Short Autobiographical Sketch, mayo de 1947, y “Mi lineaje azteca”, sin fecha, José de la Luz Sáenz Manuscript Collection, en posesión de Enrique Sáenz, Austin, Texas [citado en adelante como JLSC].

ciones públicas en contra de la injusticia, especialmente la segregación en las escuelas, suscitaba el antagonismo de las autoridades locales y otras personas influyentes. En la década de 1910 se afilió a la Agrupación Protectora Mexicana y fue su presidente en Moore. Se casó con María Petra Esparza, descendiente del famoso revolucionario texano Gregorio Esparza, con quien tuvo nueve hijos. Sáenz podía haber conseguido un aplazamiento de su servicio militar por su ocupación y su joven familia, pero se enroló voluntariamente al servicio militar en 1918.¹⁵

Cuando entró al ejército, Sáenz tenía tres hijos pequeños. Tenía ocho años de experiencia como maestro en escuelas predominantemente mexicanas y excelentes habilidades en inglés y español.¹⁶ Por esta razón lo enviaron a la Sección de Inteligencia del 36° Regimiento de Infantería de la 90a División. Esto le permitió usar sus habilidades como traductor principalmente en inglés y español, y también en el idioma de Víctor Hugo que había comenzado a aprender al inicio de su servicio en Francia. Su designación en el cuartel general lo puso en una posición estratégica, desde donde podía identificar y contactar a los numerosos mexicanos que servían en las divisiones 90a y 36a (las cuales se originaron en Texas).¹⁷ En el frente Sáenz tuvo muchos encuentros con

¹⁵ Sáenz también dio clases en Moore, Leming, Alice, Dittlinger y Cotulla, *Los México-Americanos en La Gran Guerra*, pp. 73, 106-107. Por haber dado clases durante más de 40 años en escuelas y universidades dentro y fuera de Texas, a Sáenz lo llamaban “El profesor”. Enseñó ocho años antes de irse a la guerra y mudó a su familia de un lugar a otro durante la década de 1920. Dio clases en Peñitas, La Gloria, Piedritas, La Jolla, La Fruta y Linn. En 1930, Sáenz se mudó de manera permanente a McAllen, pero dio clases y trabajó en las comunidades aledañas. En Benavides realizó trabajo administrativo y en 1942 fue director de Oilton. En numerosas ocasiones renunció o fue despedido porque se negó a quedarse callado ante la situación de los mexicanos (especialmente la segregación), o porque los anglosajones temían que incitaría la movilización política de los mexicanos. En 1930, por ejemplo, los administradores de La Jolla lo despidieron cuando se negó a hablar a favor de un candidato político. “Prof. J. Luz Sáenz Dies in Corpus Christi Hospital”, *Acsp Newsletter*, mayo de 1953, vol. 1, núm. 3, George I. Sanchez Collection, Benson Latin American Collection, Box 20, Folder: Newsletter No. 3; Carole Christian, “Joining America’s Mainstream: Mexican Americans in World War I”, *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 92, abril de 1989, p. 581.

¹⁶ El material biográfico adicional sobre Sáenz se obtuvo en las entrevistas de Emilio Zamora con Eva Alvarado, Alice, Texas, 17 de mayo de 1996; Enrique Sáenz, Austin, Texas, 17 de mayo de 1996, 11 de julio de 1998; y una entrevista telefónica con Fidencio Guerra, Edinburg, Texas, 2 de agosto de 1997.

¹⁷ Para historias sobre las divisiones de Texas, véanse las obras de Lonnie J. White, *Panthers to Arrowheads: The 36th Texas-Oklahoma Division in World War I*, Austin, Presidial Press, 1984, y *The 90th Division in World War I: The Texas-Oklahoma Division in the Great War*, Manhattan, Kansas, Sunflower University Press, 1996.

grupos de soldados mexicanos, y dijo que durante esas reuniones, éstos le hablaron extensamente de la discriminación y la desigualdad que sufrían en su patria. Además, le indicaron que querían pelear por los derechos mexicanos al regresar a su hogar.¹⁸

Cuando lo dieron de baja, encabezó un movimiento para construir un monumento en San Antonio, en conmemoración de las contribuciones del soldado mexicano. Sin embargo, el grupo desvió los fondos reunidos para apoyar la famosa lucha por la abolición de la segregación racial contra el Distrito Escolar Independiente de Del Río que se conoció como el caso Salvatierra, de 1930. Aunque un tribunal local falló a favor de los demandantes, un tribunal estatal revertió el dictamen y decidió que el distrito escolar no estaba segregando niños por condición de su raza. A solas, Sáenz debe de haber visto este desafío legal contra la segregación escolar como un tributo simbólico a los veteranos mexicanos de la primera guerra mundial.¹⁹

En 1924, Sáenz, Alonso Perales de San Antonio y José T. Canales de Brownsville trataron de formar una organización estatal que pudiera hacer frente a la discriminación y a la desigualdad. Con esto en mente se unió a Perales en una conferencia en el Valle de Río Grande. En 1927 durante el primer intento fallido de formar esta organización en Harlingen, Sáenz fungió como secretario de la convención. Dos años después, pronunció un discurso clave durante la Convención de Corpus Christi: lo motivó la unión de varias organizaciones y formaron la LULAC. Según su familia, Sáenz redactó la primera constitución de lo que sería la principal organización de derechos civiles mexicanos. Siguió siendo uno de los miembros más activos de la LULAC, ya que perteneció a su Consejo de Administración entre 1930 y 1932. También fue

¹⁸ Una vez, Sáenz organizó un festejo al que asistieron “más de 50” soldados mexicanos. Les interesaba principalmente recordar a sus compañeros caídos, poco tiempo después de anunciado el armisticio. Sáenz envió un informe a *La Prensa*, que contenía una descripción del suceso, el discurso que pronunció y una lista de todos los participantes, pp. 235-237.

¹⁹ Respecto al caso Salvatierra, el tribunal local coincidió con los demandantes de que el distrito estaba segregando por raza o grupo étnico. El tribunal estatal decidió que el distrito no practicaba segregación racial, sino que separaba a los niños con fines educativos. En otras palabras, la escuela había sentido la necesidad de aislar a los niños mexicanos porque asistían con irregularidad, se inscribían tarde y no podían hablar inglés. San Miguel, “Let All of Them Take Heed”, pp. 78-81.

presidente del *McAllen Chapter* en la década de 1930; durante este decenio y el siguiente promovió y amplió las opiniones de la LULAC, escribió numerosos artículos en inglés y en español para distintos periódicos.²⁰

Sáenz se retiró de la docencia poco después de la segunda guerra mundial, pero no permaneció inactivo. Escribió dos manuscritos: una autobiografía que se centraba en su niñez y un tratado filosófico sobre la vida aquí y en el más allá. Además, acompañó a su hijo menor a la Universidad Sul Ross y aprovechó la oportunidad para completar sus estudios de licenciatura. Sáenz siguió usando su pluma para comentar los temas que afectaban a la comunidad mexicana.²¹ En 1947, padres de familia y líderes comunitarios de Alice lograron que una escuela primaria llevara el nombre de Sáenz, quien recibió este reconocimiento por sus largos años de servicio en la docencia, así como por su incansable trabajo a favor de la comunidad mexicana a través de la LULAC, el Foro de Soldados Americanos, los Veteranos de Guerras en el Extranjero, la Legión Americana, el Consejo de Texas por las Relaciones Humanas y el Consejo Americano de Hispanoparlantes. Sáenz murió en 1953 y está enterrado en el Cementerio Nacional de Fort Sam Houston en San Antonio.

EL DIARIO

Uno de los temas unificadores más importantes en *Los México-Americanos* y *La Gran Guerra* es la afirmación de que los mexicanos se ganaron el derecho a ser tratados por igual gracias a sus admirables contribuciones en la primera guerra mundial. Sáenz comienza su relato estableciendo que los mexicanos demostraron un alto grado de integridad al responder al llamado del deber militar a pe-

²⁰ Sáenz escribió numerosos artículos en español e inglés para varios periódicos, especialmente *La Prensa* de San Antonio, *La Revista Latino-Americana* de San Diego, *La Verdad* y *La Voz* de Corpus Christi, el *McAllen Evening Monitor*, y *The Texas Outlook*. Sloss-Vento, *Alonso S. Perales*, p. 58; Sáenz, "Spanish From Another Angle", *The Texas Outlook*, vol. 23, núm. 8, agosto de 1939, p. 11, "Has Time Come?", *The Texas Outlook*, vol. 26, núm. 4, abril de 1942, p. 44, "On Patriotism", *Texas Outlook*, vol. 27, núm. 10, octubre de 1943, pp. 17-18.

²¹ En 1940, al poco tiempo de salir de un coma provocado por una insuficiencia cardíaca, Sáenz escribió *Realismo Misterioso: Estudio Psico-Teosófico*. El manuscrito de cien páginas trata principalmente de las visiones que tuvo durante su enfermedad, las cuales relatan la lucha entre el bien y el mal en la otra vida, y vislumbra el futuro de la familia de Sáenz. En 1944 concluyó la biografía anteriormente señalada.

sar de ser tratados como ciudadanos de segunda clase. Argumenta que, al luchar por los principios democráticos de justicia e igualdad, los mexicanos también se ganaron el derecho moral –tal vez más, la obligación– de exigir el fin de la discriminación.

Sáenz creía que esos mismos preceptos morales también legitimaban el llamado a la acción política. Además, pensaba que estaban dadas las circunstancias, que la historia estaba presentando una rara oportunidad. Impartir clases a niños mexicoamericanos puede haber sido un esfuerzo valioso para alguien que quería mejorar las oportunidades de vida de los representantes de la siguiente generación. Pero el servicio militar le permitió servir a los jóvenes de una manera más general: “El llamado de mi patria me quitó de donde estaba enseñando a niños de mi raza y me colocó donde pude defender su honor, su orgullo racial, y asegurarles un porvenir más feliz” (p. 50). Sus planes eran regresar a Texas y señalar la aportación militar de los mexicanos para justificar el tema de los derechos civiles. Por lo tanto, Sáenz hizo un llamado a los mexicanos para vincular concientemente el lenguaje de la guerra sobre la democracia y la causa de los derechos civiles mexicanos.

Éste es el primer ejemplo conocido en que un individuo habla con tanta autoridad acerca del uso deliberado de las aportaciones de la guerra, como una influencia política para los mexicoamericanos. En la posguerra, líderes de LULAC, incluido Sáenz, fusionaron esta idea clave con otros razonamientos morales, filosóficos y constitucionales para elaborar una estrategia de incorporación más general. No es una coincidencia la conexión que hace Sáenz entre el uso de las contribuciones de la guerra para justificar un trato igualitario y la estrategia moderada de la LULAC por la inclusión. Como miembro fundador y líder durante muchos años de la organización, Sáenz tenía una posición que le permitía integrar sus ideas a la política de la LULAC. Sin embargo, en las décadas de 1930 y 1940, sus líderes se referían a las aportaciones de la guerra en términos sumamente patrióticos, es decir, con alusiones a la bandera y al país, a veces sin mencionar las observaciones de Sáenz en el sentido de que los soldados mexicanos habían peleado, principalmente, para apoyar la aplicación de los principios de justicia e igualdad en todo el mundo. Los historiadores suelen describir el patriotismo de los líderes de la LULAC como una expresión prede-

cible de lealtad de los mexicanos aculturados, de movilidad social ascendente.²² Sin embargo, Sáenz dejó en claro en *Los México-Americanos y La Gran Guerra* (y en otros escritos) que su opinión del servicio militar era mucho más compleja.

Según Sáenz, los soldados mexicanos hicieron el “heroico sacrificio sosteniendo los principios democráticos y proclamando para la humanidad doliente ¡LA JUSTICIA!” (p. 12). En otras palabras, no debe pensarse que los soldados mexicanos lo hacían ciegamente por la bandera y el país, y tampoco puede considerarse que luchaban simplemente como representantes de la comunidad mexicoamericana. Se esforzaron concientemente por los mismos derechos para toda la humanidad. Sáenz le dio un significado especial al servicio militar de los soldados mexicanos, haciendo referencia a los ideales democráticos que estaban en juego en Francia y en Texas. También pensaba que la guerra por conservar los principios democráticos continuaba más allá del campo de batalla y se comprometió a luchar contra la intolerancia racial en su patria, en Texas, con el mismo fervor y sentido del deber.

Sáenz presenta su diario como un antiguo soldado, es decir, reconociendo los sacrificios hechos por todos los combatientes: es la historia “de la vida íntima de un grupo de soldados de línea, grupo especial entre los millones que integraban el poderoso y variado ejército de los aliados, que sufrió tantas penalidades y todos los peligros de la gran guerra”.

Sin embargo, su intención también fue dar a conocer la aportación mexicana, “para que nuestro pueblo, el de origen mexicano, tuviera conocimiento e hiciera suyos los hechos y sufrimientos de aquellos que respondieron por el prestigio y buen nombre tradicional de la raza en los campos de prueba del honor” (p. 7).

Sáenz amplió sus razones para unirse al ejército cuando viajaba hacia Francia. Mientras el tren pasaba por el campo-rancho de Dittlinger, recordó que el sufrimiento de los mexicanos en la zona lo había impulsado a actuar en su de-

²² Mario García, *Mexican Americans, Leadership, Ideology and Identity, 1930-1960*, New Haven, Yale University Press, 1991, pp. 33-38; Benjamin Márquez, *LULAC: The Evolution of a Mexican American Political Organization*, Austin, University of Texas Press, 1993, pp. 19-23.

fensa. Después invocó otro motivo: el enemigo en Francia y en Texas era el mismo en virtud de sus antecedentes étnicos y su despotismo. Aunque aquí no lo hace tan explícito como en otras partes, Sáenz nos recuerda que se enroló al ejército para poder usar su experiencia en la guerra como una justificación para librar una batalla más efectiva en contra de la injusticia en su patria. Su sacrificio contra el totalitarismo demostraría la lealtad de los mexicanos y brindaría a la comunidad una ventaja moral sobre los “malos ciudadanos que encontramos tan a menudo”.

A la puesta del sol pasamos por Dittlinger, una cantera donde trabajan muchos hombres de mi raza y donde les enseñé a dirigir la escuela de sus niños por un año. Para mí ese campo-rancho es otro sitio de batalla. Allí libré luchas hasta conseguir que el condado pague el maestro para la escuela de nuestros infantes. Estos son los triunfos que ambicioné en la vida civil, abrir las puertas de las escuelas para los hijos del obrero. Hoy, que ya llevo el uniforme del guerrero, me lleva la esperanza de poder ganar otras batallas que traigan la justicia a nuestra raza, como una de tantas que forman esa humanidad doliente que reclama el sacrificio de los hombres concientes y libres. Precisamente, en este rancho-campo nació en mí la idea de tomar el rifle, aguijoneado por el mal trato que recibe mucha gente de nuestra raza por estos lugares, donde predomina el elemento de raza teutona o alemana. Mal agradecidos, nos niegan la igualdad de gentes y olvidan las mil y una garantías bajo las cuales sus ancestros vinieron a colonizar estas tierras... Y pienso que quienes hemos ofrecido nuestros servicios para ir a combatir a los alemanes de ultramar por injustos y soberbios, muy bien podíamos comenzar por poner un ejemplo con muchos izcariotes, malos ciudadanos que encontramos tan a menudo” (p. 73).

Las cartas que escribió a sus seres queridos ofrecen las afirmaciones más conmovedoras acerca del sentido unificador del deber étnico y militar de Sáenz. Los siguientes fragmentos están tomados de las cartas que redactó, mientras se preparaba para su primera misión en el frente. Sus superiores ordenaron a los soldados que escribieran mensajes a sus familiares, en el entendido de que sólo serían enviados si morían en la batalla. Sáenz aprovechó esta oportunidad para esbozar algunas de sus declaraciones más claras y profundas

sobre su sentido del deber moral de pelear contra la injusticia en dos frentes: en su patria y en el campo de batalla.

A su esposa le escribió:

Mas luego que llegue la calma natural, piensa que fue preciso y más que preciso, honroso, el sacrificio que hice. Mil veces honroso para mí haber caído luchando con honor por los derechos inalienables de la humanidad y por el futuro bienestar de nuestros hijos. Tú crearás que mis hijos, conmigo lo tenían todo, pero no es así. Mientras no desaparezca el odioso prejuicio histórico y social en Texas para los de nuestra raza, nuestra felicidad jamás será completa. Huir del estado, donde he nacido y pensaba morir, para evadir desprecios, habría sido no ser hombre. La ocasión se nos presenta al luchar por los derechos de la humanidad oprimida, para pedir justicia por las humillaciones y vejaciones que a menudo recibimos, por llevar indelebles las marcas características de nuestra raza. Nuestra intención es demostrar ante el mundo entero nuestra dignidad de gente. Allí donde ha caído lo mejor del mundo, allí es preciso caer, y puedes estar segura que sabré caer como los hombres dignos (p. 112).

A sus compatriotas mexicanos les habló en términos parecidos:

No olviden que hemos caído luchando con la única intención de mantener en alto nuestro buen nombre. Vivir sin las garantías que se extienden a los hombres libres, no es vivir. Vamos demostrando de una vez por todas que somos dignos de luchar por esos derechos, para que en el porvenir se nos reconozcan esos mismos derechos. Nuestra sangre derramada ha quedado mezclada con el polvo y las cenizas de todos los guerreros que han caído sobre el suelo bendito de la Francia libre (p. 112).

La última declaración de Sáenz fue para “Nuestro Gobierno”:

Nuestro sacrificio en campaña es el último gesto de protesta contra determinado grupo de ciudadanos mezquinos que jamás han podido desarraigar prejuicios raciales contra nuestra gente, y hay muchos pueblos en Texas donde es bien marcada esta hostilización, donde se nos niega toda consideración social y las buenas escuelas para la educación de nuestros hijos.

Creemos firmemente que las desgracias de la guerra harán cambiar muchas opiniones que fueron hostiles antes de ella, y ojalá y esto traiga la justicia y el reconocimiento que merecemos.

Muy caro nos habrá de costar el precio de este reconocimiento, pero es justo y lo hacemos gustosos. Siempre ha sido necesario hacer esto para aplastar la arrogancia de los hombres soberbios y tiranos.

Al caer en la contienda, tan solo esperamos justicia, que de nuestra parte, creemos haber servido como el ejemplo de la potencialidad de nuestra raza (pp. 112-113).

En ocasiones, Sáenz reflexiona acerca de que los mexicanos están haciendo algo más que sentar las bases para el reclamo de igualdad. También están “forjando patria” en su sentido patriótico más sincero. Explica que están conformando una nueva identidad estadounidense, de muchas maneras más auténtica, definida principalmente en términos morales y de sacrificio.

¿Y qué quiere decir Patria? Mis seres queridos que dejé allá en ultramar, por quienes he venido siguiendo a este pabellón y habré de seguirle hasta caer o vencer. De aquí en adelante, acá en el extranjero, para mí esa bandera lo representa todo. Si morimos, será defendiendo el honor de una raza, por nuestra patria, y enseñando con el ejemplo, a nuestros hijos y a los demás conciudadanos, cómo se puede morir para hacer PATRIA (p. 90).

Sáenz también definió como una guerra la causa de los aliados y la lucha en contra de la discriminación en Texas. Aunque el conflicto ocurría en distintos lugares e involucraba temas diferentes, a la lucha se unía una preocupación general por los derechos de los desposeídos, tanto en Francia como en Texas. Sáenz deja en claro esta conexión particularmente en un pasaje en donde lamenta el trato injusto que recibió un soldado de Martindale, Simón González, a quien se le negó la exención, a pesar de ser la única persona que podía cuidar a su padre incapacitado. Su padre murió, aparentemente solo, mientras su hijo estaba en ultramar. Dirigiéndose a González en su diario, Sáenz prometió: “la guerra para usted y para mí terminará cuando acabemos con los alemanes aquí

en Europa, a no ser que ellos acaben con nosotros. Para nosotros quedará la peor guerra, la de pelear allá, dentro del seno de la Patria, contra los de Martindale que mataron a tu padre y te mandaron a la guerra injustamente” (p. 292). La tragedia de la muerte del señor González no acabó allí, su hijo murió en el campo de batalla poco tiempo después de que Sáenz escribió este comentario en su diario.

En otro momento de meditación, Sáenz considera que la guerra en la patria es un desafío inminente: “A mi manera de ver, muy pronto volveremos a ver a nuestros hermanos entre las garras del ‘alemán’ de allá, de Texas, pero esta vez sin rifle con que defenderse, como el alemán de Europa” (p. 248). Poco después de anunciado el armisticio, Sáenz expresa la esperanza de que los mexicanos logren la misma victoria en la patria como los aliados en Europa: “Ojalá y que la felicidad que vamos a respirar en el ambiente de nuestros hogares no nos haga olvidar la necesidad de luchar por nuestro mejoramiento. En ese sentido, la guerra para nosotros no cesó con el 11 de noviembre como para los demás aliados” (p. 222). La lucha continuaría en el otro frente:

A mí me interesa que todos estos hombres de mi raza que han tomado parte en esta campaña formen el núcleo de hombres que, laborando unidos, puedan levantar el nombre de nuestro pueblo, que por nuestra manera de ser, diferente a como se porta el pueblo sajón, no se nos entiende ni se nos tiene ninguna consideración ni justicia. Quizá esta prueba patente de nuestra lealtad y hombría haya puesto de relieve nuestra manera de cumplir como fieles ciudadanos (p. 277).

Además de ser un registro de la manera en que Sáenz desarrolló y articuló sus razones a favor de la igualdad de derechos con base en los principios democráticos, su diario también ofrece ejemplos de los pensamientos de Sáenz sobre la identidad étnica. Se presenta como mexicano, pero también sigue adoptando la identidad indígena que reconoció y celebró de joven en la conmemoración de Juárez. En más de una ocasión en Francia hizo referencias a sus raíces indígenas, cuando conoció a sus compatriotas de Oklahoma. En su discurso sobre los derechos de los mexicanos, no incorporó del todo su identidad indígena, pero hizo algunas observaciones profundas que vale la pena señalar.

Los americanos nativos, “como nosotros, los de ascendencia mexicana”, señala Sáenz, “somos americanos genuinos de nuestra patria” (p. 185). Con esta observación está sugiriendo que un plano hemisférico más amplio es el lugar adecuado para elaborar una nueva identidad unificadora, con el pueblo indígena en el centro. Sáenz también aprovecha la oportunidad para reconocer el significado histórico de la participación de los indígenas en la guerra europea. Se integraron a la lucha por la justicia en dos niveles: habían cruzado el océano demandando justicia para los europeos y para su pueblo en la patria:

Vendrán los años, éstos se harán siglos, pero a través de los tiempos, cada vez más distintamente, sobre estas montañas y valles se recordarán las siluetas de los mexicanos y de los indios de Oklahoma como los representantes del espíritu de las razas aborígenes de América en su primera cruzada al viejo mundo en demanda de justicia (p. 247).

OTROS ESCRITOS

Además de las anotaciones cotidianas en su diario, Sáenz añadió a *Los México-Americanos* y *La Gran Guerra* otros materiales que escribió durante la guerra. Entre éstos se encontraban notas sobre reuniones con soldados mexicanos, cartas personales y artículos que publicó en *La Prensa*, un diario de San Antonio. Antes de la publicación de *Los México-Americanos* y *La Gran Guerra*, Sáenz añadió una introducción y una conclusión en las que se lamentaba de la persistencia de la discriminación; subrayaba su opinión de que los mexicanos se habían ganado el derecho a ser tratados de la misma manera y con justicia. Cuando Estados Unidos intervino en la segunda guerra mundial, Sáenz recurrió nuevamente a los comentarios públicos. En particular, sus artículos periodísticos esbozan su sofisticada posición respecto a temas tan importantes –y complejos– como la identidad, el patriotismo y la igualdad de derechos.

Sáenz aprovechó la oportunidad que le brindó este conflicto bélico para justificar el movimiento por los derechos civiles de los mexicanos. El uso de los principios democráticos para justificar la participación de Estados Unidos en la guerra era un lugar común en la prensa y en las discusiones populares.

Sáenz utilizó este discurso omnipresente como trampolín para volver a señalar la aparente contradicción entre los ideales de la guerra y la realidad social. Él no era la única persona en capitalizar los conceptos unificadores prevalecientes, como el panamericanismo y el buen vecino. Otros líderes de la LULAC –los profesores Carlos Castañeda y George Sánchez, de la Universidad de Texas, por ejemplo– también se apropiaron del nuevo lenguaje de igualdad y justicia para continuar luchando contra la discriminación. Sin embargo, la obra de Sáenz hace su propia contribución pues ofrece una base continua para examinar este discurso. Mayores investigaciones podrían revelar que poco antes de la segunda guerra mundial, y durante ella, los líderes de LULAC estaban involucrados en un complejo proceso, en el que competían varias voces con el fin de destacar. Por el momento, los escritos de Sáenz nos permiten capturar la tendencia general, y nos ofrecen una posición ventajosa desde donde estudiar la manera en que los mexicanos se apropiaron del lenguaje de la democracia.²³

Un incidente racial en el noreste de Texas, provocado cuando un comerciante anglosajón se negó a darle servicio a un mexicano, le ofreció a Sáenz la ocasión para reiterar el significado del servicio militar para la comunidad mexicana. La abrumadora respuesta al llamado para cumplir el servicio militar, así como su honroso desempeño en la lucha, dio a los mexicanos amplias razones para esperar un trato justo. Sáenz añadió, con su familiar tono desafiante, que los mexicanos que habían ido a la guerra, creían tanto en los principios democráticos que estaban dispuestos a hacer el máximo sacrificio en el frente y en su patria. Al mismo tiempo, reestructura relaciones para calificar a los individuos racialmente prejuiciosos de poco estadounidenses y destacar a los mexicanos como los verdaderos ciudadanos:

No aceptamos la situación de inferioridad. Amamos la libertad y estamos dispuestos a dar nuestras vidas cuando alguien daña nuestro orgullo racial. Reconocemos

²³ Como profesores de la Universidad de Texas, Castañeda y Sánchez también reflexionaron sobre la idea de la unidad hemisférica, o panamericanismo, como una base para mejorar las relaciones étnicas en la patria y hacer realidad la política de cooperación del presidente Roosevelt durante la guerra: la política del buen vecino. García, *Mexican Americans, Leadership, Ideology and Identity, 1930-1960*, New Haven, Yale University Press, 1991, pp. 231-272.

que la razón para ir a tierras extranjeras a luchar contra alemanes y japoneses es la misma que justifica combatir dentro de nuestra gran patria contra quienes siembran y practican los IDEALES de Adolfo Hitler.²⁴

Sáenz definió su patriotismo en términos más amplios. No lo confinaba a una interpretación moralmente rejuvenecida de los principios democráticos, ni discutía sólo por la igualdad de los mexicanos. Su visión patriótica también capitalizaba el apoyo popular para la política del buen vecino de Estados Unidos en América Latina, particularmente el llamado a mejorar el entendimiento como una medida de guerra entre aliados. Acerca del americanismo, o la nueva fuente de orgullosa identidad multinacional que estaba proponiendo como complemento de la política del buen vecino de Estados Unidos, Sáenz afirmó que: “No estamos hablando de un americanismo confinado” geográficamente. Para él, el americanismo “ya no puede ser el derecho de una sola nación, sino que debe aplicarse y beneficiar a todas y cada una de las naciones del hemisferio occidental”. De allí surge lógicamente que un patriotismo continental debe estar conciente de los derechos de los ciudadanos de otras naciones del hemisferio occidental que estaban viviendo en Estados Unidos. Esos individuos eran, después de todo, miembros de naciones aliadas, fervientes seguidores de la política del buen vecino. Esta interpretación de Sáenz lo condujo a hablar consistentemente a nombre de los mexicanos en su lucha contra la discriminación en la patria. Esta posición sugiere la necesidad de volver a evaluar la reputación que tiene la LULAC contra la emigración. Si sólo consideramos que la organización se negó a admitir a mexicanos como miembros, esta reputación está bien merecida. Pero si tomamos en cuenta la enérgica defensa de *todos* los mexicanos de parte de un líder como Sáenz,²⁵ es necesario revisar la manera en que percibimos a la LULAC.

²⁴ Sáenz, “El Caso de Discriminación en Lo[e]lveland, Texas”, *La Prensa*, 17 de febrero de 1944, p. 8.

²⁵ Sáenz, “Americanismo Deductivo”, *La Prensa*, 21 de abril de 1944, p. 5. Castañeda y Sánchez compartían la opinión de Sáenz acerca del panamericanismo. Sin embargo, a diferencia de sus contemporáneos, Sáenz no hacía énfasis en las distintas ciudadanías al usar el lenguaje panamericanista. En un verdadero espíritu panamericanista, él creía que debía haber igualdad entre las naciones americanas, así como entre sus representantes dentro de las fronteras de una nación.

En una de sus primeras críticas al patriotismo tan popular en la segunda guerra mundial, Sáenz señaló el problema obvio que enfrentó Estados Unidos cuando se unió a otras naciones democráticas en una lucha contra la supremacía racial y al mismo tiempo permitía que continuara la discriminación en su patria.²⁶ Estados Unidos estaba enredado en una profunda contradicción que le quitaba significado moral al llamado a defender la democracia y la libertad, que los jóvenes reclutas respondieron con tanta lealtad. Además, Sáenz recordaba a sus lectores que los casos de discriminación, especialmente los que estaban asociados con disturbios raciales en época de guerra en los que participaban mexicanos y negros, ayudaban a la propaganda del Eje y fomentaban divisiones en la patria y entre los países aliados. Añadió una nota importante sobre la tendencia a ver los problemas raciales en blanco y negro. Alegaba que descartar el tema de la discriminación racial en contra de los mexicanos, por ser un problema meramente local o regional, debilitaba la unidad hemisférica. Esa indiferencia, advierte Sáenz, “deja un resentimiento justificado, hondo, muy hondo, pero mucho más vivo, en toda América Latina”.²⁷

A menudo, Sáenz comentaba sobre el reto político que enfrentaban los mexicanos durante la guerra: construir una unidad para la oportunidad singularmente rara de reclamar igualdad. La preocupación oficial y popular por la naturaleza divisoria de la discriminación racial colocaba a los mexicanos y a otros grupos minoritarios en una posición favorable para la negociación. Podían vincular la causa por la igualdad con la lucha contra el totalitarismo. En otras palabras, el curso exitoso de la guerra debía poner fin a la discriminación porque erosionaba la autoridad moral de Estados Unidos y amenazaba con trastocar las relaciones sociales y laborales. Pero, ¿estaban los mexicanos lo suficientemente unidos para aprovechar por completo esta oportunidad? Con frecuencia, Sáenz expresó su gran frustración por la falta de unidad, así como por la discriminación, ya que era una negación de la oportunidad y una afrenta a la dignidad de los mexicanos.²⁸

²⁶ “Tribuna del Público; Patriotismo”, *La Prensa*, 20 de julio de 1943, p. 5.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ “Tribuna del Público; Latino-Americanos”, *La Prensa*, 2 de septiembre de 1943, p. 5.

A Sáenz, las oportunidades especiales, creadas por la guerra, le parecían particularmente claras, pues era testigo de señales sin precedentes de cambio, como el establecimiento de la Comisión del Buen Vecino de Texas. Este organismo estatal, creado en 1943, estaba encargado de la pretenciosa responsabilidad de mejorar las relaciones entre mexicanos y anglosajones, investigando y resolviendo las quejas de discriminación social. No importaba que el gobernador Coke Stevenson hubiera fundado la Comisión principalmente con el objetivo de mejorar la imagen racista de Texas entre los aliados de Estados Unidos, en especial México. Sáenz reconoció la importancia política de este organismo inmediatamente después de su fundación: centraba su atención y daba crédito a las quejas de los mexicanos acerca de una discriminación generalizada y legitimizaba un plan de acción de derechos civiles.²⁹

Al mismo tiempo, Sáenz también reconocía que la tarea más difícil que le esperaba a la comunidad mexicoamericana era aportar su propio ímpetu al movimiento por los derechos civiles, mediante la unidad y una mayor participación en el proceso político. Los mexicanos no podían permitir que los fracasos anteriores les impidieran aprovechar el momento de compromiso oficial y popular con la igualdad y la justicia, sin importar cuán cuestionable pudiera ser la sinceridad o la efectividad de esos nuevos compromisos: “las actuales circunstancias son más propicias que nunca”.³⁰ Pero las divisiones internas evitaron que los mexicanos alcanzaran una unidad efectiva. Entre las diferencias destacaba el uso del término “latinoamericano” para referirse a sí mismos y la estrategia de reclamar derechos constitucionalmente garantizados por ser ciudadanos estadounidenses.

Estos asuntos estaban íntimamente ligados a la historia de la LULAC. Sáenz dio a entender que las posiciones de su organización eran muy polémicas y habían obstaculizado la habilidad de la LULAC para dirigir un movimiento amplio durante la guerra. A la defensiva, explicó que los miembros de la LULAC adoptaron el término latinoamericano para proyectar un sentido de identidad hemisférica y recalcar el uso estrecho y excluyente de la palabra “americano”.

²⁹ *Op. cit.*

³⁰ *Ibid*

Además, la organización, en la convención de su fundación, destacó que sus miembros eran ciudadanos estadounidenses, como un medio para combatir más efectivamente la discriminación en las escuelas y en la administración de los gobiernos local, del condado y estatal. Pero ninguna explicación razonable, ni siquiera de una persona de la estatura de Sáenz, pudo sacar a la LULAC de sus contradicciones internas. La guerra sólo profundizó y expuso más esas fisuras. ¿Cómo podría reconciliar su llamado a la unidad sin importar la ciudadanía y sus afirmaciones de identidad hemisférica, si seguía prohibiendo que ciudadanos mexicanos fueran miembros de la LULAC?³¹ No podían.

Sin embargo, las exhortaciones de Sáenz por la unidad parecen sinceras y realistas. Le interesaba principalmente convencer a sus compañeros mexicanos que la guerra había ampliado las posibilidades políticas para todos y que era necesaria más participación. Su defensa de la LULAC es secundaria y sugiere que la unidad entre mexicanos, como tales, debería seguir siendo el punto central, a pesar de que organizaciones como la suya se reservaran el derecho de definir su estrategia en términos menos incluyentes.

CONCLUSIONES

La redefinición que hace Sáenz del servicio militar, como un medio de devoción a los principios democráticos, y su llamado a la acción en contra de la discriminación sobre la base de este concepto justificante, sugiere mínimamente que los mexicanos deberían tratar de enmendar y cambiar dentro del contexto de la sociedad estadounidense como una minoría étnica. Esto refleja la transición que abordo en otro artículo entre una identidad mexicanista y mexicano-americanista, y una estrategia para cambiar que evidenció en las décadas de 1920 y 1930. Los propios comentarios de Sáenz sobre los mexicanos que se opusieron a ser reclutados por las fuerzas armadas y la revuelta irredentista son ejemplos de lo anterior.³²

³¹ *Loc. at.*

³² Véase mi análisis del cambio generacional en las conclusiones de *The World of the Mexican Worker in Texas*.

Según Sáenz, un número indeterminado de mexicanos se negó a alistarse y regresó a México. Entre ellos había ciudadanos mexicanos, su primera generación de hijos nacidos en Estados Unidos de mayor edad, que nunca tuvieron un fuerte apego a la idea de ser ciudadanos. Sáenz comprendía que la discriminación justificaba la decisión de partir. Pero persistía el hecho de que había reforzado la percepción pública de que su comunidad era desleal. Esta percepción pública también estaba relacionada con problemas fronterizos, especialmente con el levantamiento de San Diego. Este problema, en la mente de Sáenz, hacía necesario que los mexicanos se unieran al ejército para defender su buen nombre y demostraran su lealtad. Seguramente éstas lo alejaron ideológicamente de los irredentistas y de muchas personas que se negaron a enrolarse. Sin embargo, no proponía un patriotismo ciego, relacionado con el programa de americanización que patrocinó y apoyó la LULAC en la década de 1950, por ejemplo. Su manera de interpretar el significado del servicio militar durante la primera guerra mundial y su concepción más amplia de una identidad utilitaria durante la segunda guerra lo definen como un brillante estratega y no como un ideólogo.³³

Sáenz sobresalió de otras maneras muy importantes. Como cronista y luego como veterano, habló de su experiencia personal, desde el tipo de “mundo en pequeña escala” que David Thelen atribuyó a los historiadores que relataban sus experiencias durante la segunda guerra mundial en la conferencia de 1989 de la Organización de Historiadores Americanos. Pero, las opiniones y convicciones de Sáenz no estaban arraigadas únicamente en las interacciones y experiencias cotidianas de la guerra. También compartía una impresión más general con líderes de la LULAC, como Castañeda y Sánchez, con dones de clarividente durante la primera guerra y su comentario sobre el panamericanismo y la política del buen vecino durante la segunda guerra. En otras palabras, la experiencia de combate no era la única fuente de autoridad con la que hablaba. Su capacidad para entender el significado potencial del servicio militar para el movimiento de los derechos civiles y su apropiación inicial de la retórica de la época de gue-

³³ *Los México-Americanos y La Gran Guerra*, pp. 12-13.

rra, le dio a la Sáenz la estatura para erguirse como un intelectual orgánico junto a contemporáneos del mundo académico.³⁴

Sáenz también estableció la reputación de ser un intelectual que hablaba a un público hispano. A pesar de que escribió en periódicos en inglés, su diario y su última obra escrita estaban en español, es decir, se dirigía principalmente a lectores mexicanos. Esto podría explicar su énfasis en infundirle vigor al movimiento de los derechos civiles. Gran parte de sus comentarios sobre la discriminación, las ideas raciales, la identidad mexicana y el servicio militar en el diario pueden verse bajo esta luz. Al parecer, le interesaba menos establecer un hecho que hacer que sus lectores apreciaran el sacrificio del soldado mexicano y el deber de todos a unirse en la lucha en la patria. Siguió planteando estas razones en sus escritos de la década de 1940, por lo que sus discusiones sobre el panamericanismo y la política del buen vecino adquieren un significado definido. Éstas también constituyen parte de un llamado a la acción y a la comprensión de los anglosajones, como los líderes étnicos como Castañeda y Sánchez estaban acostumbrados a hacer. ❧

³⁴ “A Round Table: The Living and Reliving of World War II”, *The Journal of American History*, vol. 77, septiembre de 1990, pp. 553-593. El profesor Thelen ofreció un análisis útil de la manera en que los presentadores unieron los recuerdos personales con las observaciones de los historiadores profesionales. Me ayudó a entender lo que considero los niveles de interpretación privado y público de Sáenz. David Thelen, “An Afterthought on Scale and History”, pp. 591-593.